

Volumen XIX.—Octubre 1.º de 1924.—Número 189.

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRENTA DE SAN BERNARDO  
MCMXXIV

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Octubre 1.º de 1924

### CONTENIDO

Sobre la devoción del santo rosario.....	LEON PAPA XIII
El deporte imprudente...	DR. CÉSAR GUARROS
El día en el colegio.....	MONSEÑOR BAUNARD
Páginas olvidadas.....	JOSE CAICEDO ROJAS
El príncipe niño.....	RICARDO LEON
El canario del «Ave María»	LUIS HERRERA, S. J.
Homenaje a un colegial ilustre.	
Grados en septiembre.	
Necrología.....	J. S.
La literatura colombiana..	ANTONIO GOMEZ RESTREPO

### SOBRE LA DEVOCION DEL SANTO ROSARIO

En tiempos críticos y angustiosos ha sido siempre el principal y solemne cuidado de los católicos refugiarse bajo la égida de María y ampararse a su maternal bondad; lo cual demuestra que la Iglesia católica ha puesto siempre y con razón en la Madre de Dios toda su confianza. En efecto, la Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser Madre de Dios y asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género humano, goza cerca de su Hijo de un favor y de un poder tan grande que nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los ángeles. Así, pues, ya que le es sobremano dulce y agradable conceder su socorro y asistencia a cuantos la pidan, desde luego es de esperar que acogerá cariñosa las preces que le dirija la Iglesia universal.

Mas esta piedad, tan grande y tan llena de confianza en la Reina de los cielos, nunca ha brillado con más resplandor que cuando la violencia de los errores, el desbordamiento de las costumbres, o los ataques de adversarios poderosos, han parecido poner en peligro la Iglesia de Dios.

La historia antigua y moderna y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces públicas y privadas dirigidas a la Virgen Santísima, como los auxilios concedidos por Ella; e igualmente en muchas circunstancias la paz y tranquilidad pública, obtenidas por su intercesión. De ahí esos excelentes títulos de Auxiliadora, Bienhechora y Consoladora de los cristianos; Reina de los ejércitos y Dispensadora de la victoria y de la paz, con que se la ha saludado. Entre todos estos títulos es muy especialmente digno de mención el del Santísimo Rosario, por el cual han sido consagrados perpetuamente los insignes beneficios que le debe la cristiandad.

Ninguno de vosotros ignora, venerables hermanos, cuántos sinsabores y amarguras causaron a la santa Iglesia de Dios a fines del siglo XII los heréticos albigenes, que, nacidos de la secta de los últimos maniqueos, llenaron de sus perniciosos errores el mediodía de Francia, y todos los demás países del mundo latino, y llevando a todas partes el terror de sus armas, extendían por doquiera su dominio con el exterminio y la muerte.

Contra tan terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne padre y fundador de la orden de los dominicos. Este héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fe en la devoción del santo rosario, que él fue el primero en propagar, y que sus hijos han llevado a los cuatro ángulos del mundo. Preveía, en efecto, por inspiración divina, que esa devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, a los enemigos, y confundiría su audacia y

su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias a este modo de orar, aceptado, regularizado y puesto en práctica por la orden de santo Domingo, principiaron a arraigarse la piedad, la fe y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes; muchos extraviados volvieron al recto camino y el furor de los impíos fue refrenado por las armas católicas empuñadas para resistirles.

La eficacia y el poder de esa oración se experimentaron en el siglo XVI, cuando los innumerables ejércitos de los turcos estaban en vísperas de imponer el yugo de la superstición y de la barbarie a casi toda Europa. Con este motivo el soberano Pontífice Pío V, después de reanimar en todos los príncipes cristianos el sentimiento de la común defensa, trató en cuanto estaba a su alcance de hacer propicia a los cristianos a la Todopoderosa Madre de Dios y de atraer sobre ellos su auxilio, invocándola por medio del santísimo rosario. Este noble ejemplo que en aquellos días se ofreció a tierra y cielo, unió todos los ánimos y persuadió a todos los corazones; de suerte que los fieles cristianos decididos a derramar su sangre y sacrificar su vida para salvar a la religión y a la patria, marchaban sin tener en cuenta su número al encuentro de las fuerzas enemigas reunidas no lejos del golfo de Corinto: mientras los que no eran aptos para empuñar las armas, cual piadoso ejército de suplicantes, imploraban y saludaban a María, repitiendo las fórmulas del rosario y pedían el triunfo de los combatientes.

La Soberana Señora así rogada, oyó muy luégo sus preces, pues que, empeñado el combate naval en las islas Echinadas, la escuadra de los cristianos, reportó, sin experimentar grandes bajas, una insigne victoria y aniquiló a las fuerzas enemigas.

Por este motivo, el mismo santo Pontífice, en agradecimiento a tan señalado beneficio, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María de las *Victorias* el recuerdo de ese memorable combate, y después Gregorio XIII sancionó dicha festividad con el nombre de Santo Rosario.

Asimismo en el siglo último alcanzáronse importantes victorias sobre los turcos en Temesvar, Hungría y Corfú, las cuales se obtuvieron en días consagrados a la Santísima Virgen, y terminadas las preces públicas del santísimo rosario. Esto inclinó a nuestro predecesor Clemente XI a decretar para la Iglesia universal la festividad del santísimo rosario.

Así, pues, una vez demostrado que esta fórmula de orar es agradable a la Santísima Virgen y tan propia para la defensa de la Iglesia y del pueblo cristiano, como para atraer toda suerte de beneficios públicos y particulares, no es de admirar que varios de nuestros predecesores se hayan dedicado a fomentarla y recomendarla con especiales elogios. Urbano IV aseguró *que el rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano*; Sixto V dijo que este modo de orar *cede en mayor honra y gloria de Dios*, y que es muy conveniente para conjurar los peligros que amenazan al mundo; León X declaró *que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas herejías*, y Julio III le apellidó *loor de la Iglesia*. San Pío V dijo también del rosario que con la propagación de estas preces *los fieles principiaron a enfervorizarse en la oración y que llegaron a ser hombres distintos de lo que antes eran; que las tinieblas de la herejía se disiparon, y que la luz de la fe brilló en su esplendor*. Por último, Gregorio XIII declaró que santo Domingo había instituido el rosario *para apaciguar la*

*cólera de Dios e implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María.*

Inspirado Nós en este pensamiento y en los ejemplos de nuestros predecesores hemos creído oportuno establecer preces solemnes, elevándolas a la Santísima Virgen en su santo rosario, para obtener de Jesucristo igual socorro contra los peligros que nos amenazan. Ya veis, venerables hermanos, las difíciles pruebas a que todos los días está expuesta la Iglesia; la piedad cristiana, la moralidad pública, la fe misma, que es el bien supremo y el principio de todas las virtudes, todo está amenazado cada día de los mayores peligros.

No sólo sabéis cuán difícil es esta situación y cuánto sufrimos por ella, sino que también vuestra piedad os hace experimentar con Nós amarguras; pues es muy doloroso y lamentable ver a tántas almas rescatadas por Jesucristo, arrancadas a la salvación por el torbellino de un siglo extraviado y precipitadas en el abismo y en la muerte eterna. En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Domingo levantó el estandarte del rosario de María, a fin de curar los males de su época. Ese gran santo, iluminado por la luz celestial, entrevió claramente que, para curar a un siglo, ningún remedio podía ser tan eficaz como el atraer a los hombres a Jesucristo, que es *el camino, la verdad y la vida*, impulsándoles a dirigirse a la Virgen, a quien está concedido el poder *de destruir todas las herejías*.

La fórmula del santo rosario la compuso de tal manera santo Domingo, que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación, y en este asunto de meditación está mezclada y como entrelazada con la Salutación angélica una oración jaculatoria a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Nós,

que buscamos un remedio a males parecidos, tenemos derecho a creer que, valiéndonos de la misma oración que sirvió a santo Domingo para hacer tanto bien, podremos ver desaparecer asimismo las calamidades que afligen a nuestra época.

LEON PAPA XIII

---

## EL DEPORTE IMPRUDENTE

ES EL MAYOR ENEMIGO DE LA EDUCACION FISICA

---

Con asombro, con pena, con indignación, vemos cómo día tras día se habla de equipos infantiles de balompié (*foot-ball*), sin que se alce una sola voz contra el error, un solo corazón contra el mal. ¡Pobres niños!

Leyes humanitarias regulan su trabajo en las fábricas, en los talleres; prohíben su exhibición en espectáculos públicos. Sólo se les deja indefensos ante el virus del balón redondo; ante la ignorancia de los padres en materias de educación física. Algunos de estos pobres pequeñuelos, a la desgracia de jugar al balompié, unen la de hacer gimnasia arbitraria, alocada, ciega. A veces con rótulos deslumbradores.

Con qué dolor presenciamos clases en que todos los chiquillos hacen idéntico ejercicio, a un tiempo, simétrica, acompasamente. Son los delitos trágicos de la tanda.

Sin embargo, qué sencillo es orientarse, que fácil no cometer desmanes, qué al alcance de todos los padres está salvar a sus hijos de gimnasias y deportes que deforman y enferman;

Basta con tener presente una ley fundamental: